



Villa de Sub, pueblo de Ignacio Rodríguez

En Villa de Sob

EN EL CONCEJO DE TEVERGA

El primero batió el record en el número de estas fieras abatidas en Asturias

Por Constantino G. REBUSTIELLO. Fotos: DEL CASTILLO

TEVERGA, de siempre, el concejo que más osos dio en nuestra provincia. Ahí tenemos, según las estadísticas oficiales, desde el año 57 hasta el 65, en la reserva nacional de Somiedo, de los veinticinco osos que se dice fueron muertos en este tiempo, trece se mataron en el término tevergano.



Nieta y sobrina de los famosos cazadores

Por ello, destacó siempre por sus hombres "cazacos". Pero sin que sepamos por qué, ni adquirieron mucha fama ni sus hazañas fueron cantadas por los historiadores de esta clase de relatos, pese a que, entre otras cosas, cabe relatar la historia del hombre que como cazador de osos más piezas abatió en Asturias en todos los tiempos. Fue este héroe Ignacio Rodríguez, de Villa de Sub, que logró dar muerte a noventa y nueve plantigrados, siete más que Xuanón de Cabañquinta, que, según la tradición, mató noventa y dos.

Es su nieta Estefanía Rodríguez quien nos relata hechos y hazañas de su abuelo, oídos por ella cuando, al amor de la lumbre, se pasaban las crudas veladas invernales.

—Murió en el año 1924, a los noventa y tres años de edad. Hasta los setenta aún salía a cazar. Sus hijos después se lo impedían, por miedo a que le ocurriera algo. Era muy viejo. Pero él quería llegar a dar muerte a los cien, cosa que no logró. Le faltó uno.

Entonces Teverga fue bautizado como el "Hallenthal asturiano", por su similitud con el famoso valle del Infierno de la

Selva Negra, allá en el Rhin. Tales eran las odiseas que había que pasar para adentrarse en su término, por la zona de Caranga. Acaso eso haya influido en las pocas noticias que llegaron del famoso cazador.

—Muchos los mató a cuchillo. Se vestía con trapos y sacos viejos y esperaba el ataque del oso, para luego, con sangre fría, acuchillarle en la garganta. Había que tener valor y astucia para evitar el primer zarpazo del plantigrado, y pegarse bien a él, para no fallar en la cuchillada que se le lanzaba al pescuezo.

¡Cuántos recuerdos guarda nuestra interlocutora de los hechos narrados por su abuelo!

—El mayor peligro lo corrió hacia el año 1880. Iba por los montes de Valmayor, cuando descubrió un oseazo; creyendo que estaba solo, le sacudió un garrotazo con la cuñata de la escopeta, dándole muerte, pero, al ir a recogerlo, toda enfurecida, se le echó la madre encima. Con gran valor, le metió la escopeta en la boca y disparó, matándola. Fue la única vez que resultó herido por un oso. Ocho meses estuvo inútil, varios en cama, a consecuencia de las heridas que le causó.

Pero su fama llegó a oídos del entonces procurador en Cortes por Asturias, y acaso el primero que descubrió las bellezas naturales de Teverga, don José García Miranda, llegando a decir de ella que, "a mi juicio, ofrece la perspectiva más agreste, más salvaje, más horriblemente hermosa, que hay en parte alguna, al menos en lo que he visto de Europa". Y cuando se trajo a Caranga a Isabel segunda, y se le quiso ofrecer un oso, cazado en el día, se le llamó a él, pues, aunque entonces abundaban, temían el fracaso. La cacería la organizaba el marqués de Camposagrado, a quien acompañaban los duques de Riansares y Tarancón.

Querían salir temprano, y habían contratado a más de cien ojeadores. Pero Ignacio les dijo: "Non se apuren, habrá osos cazados; con que a las doce estén preparados, basta". Y a esa hora salieron. A dos dio caza el tevergano.

Y, cuando a las cuatro llegó la Reina, ya le tenían los osos para presentárselos. Paró la regia dama en casa del cura de Caranga. Pero hasta allí no llevaron al famoso cazador.

Doce reales le dieron por haberlos cazado. Aunque a la regia dama le dieran que los habían cazado ellos. Mi abuelo hubiese perdonado las tres pesetas que le dieron, que entonces era un capital, con tal que le llevaran a ver a la Reina. Fue cerca del pueblo de La Focella donde protagonizó su mayor hazaña.

Nos la narró docenas de veces. Había un oso por aquellos lugares que tenía atemorizados, incluso, a los vecinos. Hacía verdaderos estragos entre el ganado. De allí vinieron a llamar a mi abuelo. Durante cinco días estuvo en La Focella; por fin, lo localizó. Le disparó casi a bocajarro, pero la fiera no murió. Corriendo, se abrazó a ella, para matarla a navajazos. Pero rodaron los dos monte abajo, abrazados. Corrieron los que le acompañaban, creyendo encontrar los restos de mi abuelo. Logró, con gran serenidad, clavarle, a pesar de ir rodando, tres veces el cuchillo. Y, cosa milagrosa: ni un mal rasguño tenía él, pese a que rodaron más de doscientos metros.

Así nos estaría contando Estefanía hechos e historias de su abuelo, que fue, acaso, el mejor cazador de osos que dio Asturias, aunque su fama no haya alcanzado la de Xuanón de Cabañquinta, Manuel Álvarez, Francisco Ortal, Toribión de Llanos y tantos otros de que nos hablan los historiadores.

También cogió justa fama en Teverga, matando osos, el cura de Torce, don Eladio Arias Pérez. Más joven que Ignacio, pues murió en el año 1956, a los ochenta y dos años de edad. Su sobrina, Angelina García, y varios vecinos del pueblo de Páramo, son los que narran parte de su vida como cazador.

—Dio muerte a cincuenta y ocho. Algunos, después de la guerra, pues hasta su muerte se encontró fuerte y con agallas para ir de cacería, máxime habiendo, como había ya, escopetas modernas, de dos cañones, y que no hacía falta tanta

parsonía y paciencia para cargarlas. Creo que el último que cazó fue en los montes de Sangrader. Vino un vecino de ordenar las vacas, y las trajo con él, y dijo a mi tío: "Don Eladio, allí arriba hay un oso como un elefante de grande". Le faltó tiempo al cura para proponerle a Julián, que así se llamaba y llama, porque aún vive, el ganadero, que saliera con él a cazarlo. Llegaron al anochecer. Siguieron los rastros y montaron la espera en La Hortigosa. Al amanecer, apareció el oso. De dos disparos le abatí.

Entre él y Julián, pese a su edad, lo bajaron a Barrio, que hay ocho kilómetros. Nunca se había visto por aquí un oso tan grande.

Fue también protagonista de otra hazaña en La Focella. Un oso se dio de cara con el vecino de aquel lugar Victorino Mallo, y lo dejó sin habla ocho días.

—Mi tío fue para allá y estuvo doce días siguiéndole, hasta que le dio muerte. Estaba cojo el oso, de un tiro que había ree-

bido en una cacería. Por eso, era inconfundible.

Recorrió todos los montes de Teverga, dedicado a su diversión favorita. La Hortigosa, Marabio, Ventana, El Cabezo... Nunca quiso participar en cacerías organizadas, pues alcanzó los tiempos en que Teverga ya estaba mejor comunicada, y gentes de Oviedo y otros lugares de la provincia hacían monterías. El nunca participó en ninguna. Solamente se hacía acompañar por un nativo o dos de Barrio o de Torce.

—Su mayor apuro lo pasó en el año 32. Disparó a un oso un tiro, dejándolo malherido, y, cuando iba a dispararle el otro, como era entre unas peñas, resbaló y cayó, escapándose de las manos la escopeta. La fiera entonces se abalanzó sobre él. Pudo esquivarla y, levantándose, echó a correr, poniéndose a salvo. Siempre nos decía: "El que yo me salvara allí fue un milagro".

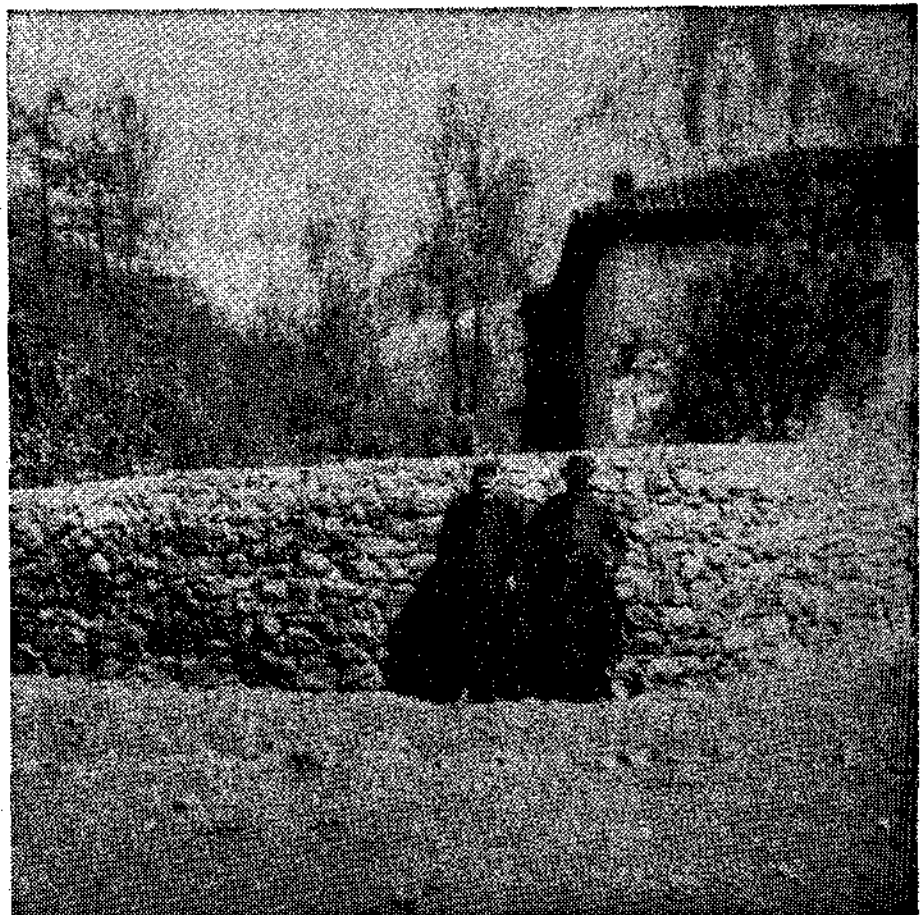
Diez días tardó en recobrar la escopeta, pues, al estar entre rocas, era difícil adentrarse allí, por

estar el oso herido. Al fin, éste salió, agobiado por el hambre, y murió envenenado, con veneno que, envuelto en carne le tenían preparado los vecinos de Barrio.

Docenas de hazañas se podían narrar de este cura fuerte y audaz. Fueron muchas las que protagonizó, al decir de quienes llegaron a conocerle.

Sigue diciendo don José García Miranda, en su escrito sobre Teverga, cuando ésta era casi inaccesible, y por eso la abundancia que allí siempre hubo de osos: "Nada hay en la naturaleza que iguale el horrible silencio que allí reina. Es dominio exclusivo de los osos, cuyos vestigios se encuentran a cada paso en los madroños desgajados que se ven en sitios inaccesibles a persona humana, y que ellos rompen para comerse la fruta."

Más, bastantes cazadores más de osos hubo en Teverga. Muchos nos hablaron de ellos. Pero creemos que los dos citados fueron los más valientes y aguerridos que dio el término.



El cura de Torce, en los últimos años de su vida